Entrañas



ENTRAÑAS

BLANCA MEJÍA JARA



PLASSON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2026

© del texto, Blanca Mejía Jara, 2026
© Plasson e Bartleboom, S. L., 2026
Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD
28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-56-9
DEPÓSITO LEGAL: M-22334-2026
CÓDIGO IBIC: FA
DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira
IMAGEN DE CUBIERTA: Rafael Jiménez
MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz
CORRECCIÓN: Daniela Forero y Estela Gómez
IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

A mi familia, por amarme-alzarme desde el principio,
desde las entrañas.

Mi inspiración me mueve a hablar de formas
mudadas a cuerpos nuevos.

OVIDIO

Todo mito es un patrón ornamental,
una proposición de dos caras
que permite al usuario decir una cosa y significar otra,
llevar una doble vida.

ANNE CARSON

Otras madres se asomarán a las ventanas,
azotadas por la lluvia,
para ver el rostro de sus hijos. Yo no.

FEDERICO GARCÍA LORCA

UNA SOLA VIRGEN

> —No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús.
> [...]
> María dijo al ángel:
> —¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún varón?
>
> Lucas 1:30-34

Mi tío apaleó a la perra de la familia cuando descubrió que estaba preñada, le reventó las tripas hasta vaciarla. Lo vi. Fue cuando vivíamos en el pueblo, era invierno o yo tenía mucho frío. Mamá vino llorando, se agachó junto a la perra, mi tío moviendo el palo —¡putas, putas todas!—, blandiéndolo sobre sus cabezas. La abuela no sé dónde estaría. Después nos fuimos a la ciudad.

Allí conseguimos otro perro, Milo, era dulce ese perro, mamá lo castró en cuanto tuvo edad. Vivíamos en un lugar feo, cogíamos tres autobuses para llegar a mi colegio que era tan bonito, hasta un claustro tenía. Mamá limpiaba allí, hacía relucir el altar, les quitaba el polvo a todos los crucifijos. Nos querían mucho. Las monjas pagaron a un doctor para que me tratara, porque leía lento y hablaba demasiado con la gente.

Me gustaban las aulas, sus ventanas largas y estrechas, el suelo brillante, los pupitres de madera. Olía a los productos de limpieza de mamá, a cera de abeja. También olía al jabón con el que las monjas lavaban sus hábitos. Siempre entraba mucha luz en las clases que daban al sur, que eran a las que yo iba. No me gustaba lo que hacíamos en clase, eso no, los números tan complicados, las tildes en lugares extraños y esas historias de reyes piadosos que enseguida olvidé.

Mamá lloraba al ver mis notas, no tanto como cuando mi tío apaleó a la perra, pero se ponía triste igual. Hablamos con el director, decidió separarme de mis compañeras y meterme en una clase pequeña y sombría, que daba al norte, con un pupitre enano, como para un bebé. Entonces fui yo la que lloré, lloré más que cuando lo de la perra, pero me presentaron a una monjita muy buena que estaría conmigo, la Hermana Clara.

La Hermana Clara tenía el rostro blanquísimo, casi tan blanco como su toca, hablaba en voz baja y no me obligaba a salir a la pizarra ni se reía de mí. Me enseñó a coser paños y mantas para los huérfanos que dejaban en la puerta de su convento. Si continuaba así, llegaría a bordar túnicas en oro. También me enseñaba a cantar mis oraciones, con la música me acordaba mejor, y me contaba la vida de Jesús y la Virgen, y los santos, que lo pasaron muy mal.

Yo pensaba que existía una sola virgen, la madre de Jesucristo, pero resulta que había muchísimas. ¿Cómo es eso, Clarita? Bueno, en realidad solo hay una, aclaró, la Virgen María, pero es tan poderosa que la gente dice haber visto a otra, cuando se trata de la misma con distinto disfraz. La Virgen de la Ascensión, por ejemplo, que se llama así porque subió volando al cielo, o la Inmaculada, que nació limpia como un primor. O nuestra patrona, la Virgen de San Lorenzo. Esa ni nombre de mujer tiene.

Fíjate, Clarita, yo de mayor quiero ser una virgen, así de guapa y vestida como una princesa, y que los niños me descubran en el monte y hagan corro a mi alrededor. La Hermana Clara se reía, me pasaba el patrón y seguíamos cosiendo. Era tan buena que habló de mí al director y me permitieron salir otra vez al claustro durante el recreo. Mis compañeras me hacían burla al principio. Le pedí permiso a la monja para llevar a casa las agujas de coser.

Mamá estaba más contenta porque no era un caso perdido, quedarse para vestir santos ya es algo, y me compró un raso escarlata muy bonito. Permanecí despierta una noche completa y cosí monederos hasta que se me acabó la tela, luego los llené con caramelos de café. Al día siguiente, con sueño y todo, repartí los monederos. Algunas no, pero otras me dieron las gracias y dejaron que saltara a la comba.

Había una niña, la llamaban la Nancy por rubia y por coqueta, era muy lista pero las monjas no la querían, las niñas rebeldes enfadan a Dios, que las vigila desde su trono allá en las nubes. Yo eso no me lo creía, miraba al cielo y no veía a ningún señor con barba sentado allí, pero parece que era cierto. Un día la Nancy nos llamó a mí y a varias compañeras, teníamos que ir a la parte de atrás, donde había un agujero chico entre las rejas.

Allí estábamos, escondidas en una esquina, se me escapó la risa y me mandaron callar. Entonces apareció un niño desde la calle, puso su cara frente al agujerito, frunció los labios así, como los cachorros cuando quieren mamar. La Nancy salió de su escondite caminando muy tiesa, parecía una muñeca de esas de los anuncios. Se colocó delante del agujero, en puntillas porque le quedaba alto, estiró el cuello y besó al niño, no en la mejilla como una madre, lo besó en la boca.

Dios debió de chivarse. La Hermana Severa estaba muy enfadada, llamó a todas al aula, golpeó tres veces la pizarra con

su regla y nos dijo: solo debéis confiar en dos hombres en esta vida, vuestro padre terrenal y vuestro padre celestial. Yo padre no tengo y nuestro cura me parecía raro, así que, al final, no me podía acercar a ningún hombre

A la Nancy la metieron en un armario pequeño que había en el despacho del director. Las monjas dijeron que una hora entre tinieblas la dejaría rogando por volver a la luz, que después del castigo saldría purificada. Todas rezamos por ella. Salió llorosa, igual de amarilla que Jesús en la cruz. Era normal, aún le faltaban tres días para resucitar; no llegué a saberlo. Sus padres, que nunca le hacían caso, la sacaron del colegio y no la vimos más.

Taparon el agujero con una malla. Estaba prohibido hablar de la Nancy, y a la que pillaban cuchicheando le zurraban en la espalda con la regla. Yo intenté saber más de ella por mamá, le estuve preguntando un buen tiempo hasta que se cansó y me dijo que las jóvenes son estúpidas y no había más que hablar.

Mis compañeras estaban de exámenes, cosas de chicas listas, el doctor las llamaba capaces. Yo era distinta, pero no tenía que llorar por eso, Dios me había hecho así y Dios no se equivoca. Con mamá rezaba cada noche para que me aceptaran en el convento de la Hermana Clara cuando tuviera edad. Allí también había un claustro y los cuartos daban todos al sur y podría coser para siempre.

Entonces mamá conoció a un señor que era estanquero y se peinaba el bigote con un peine muy pequeño. Venía a casa muchos días, después del colegio, traía unas flores perfectas, como de plástico. Mamá y él hablaban a solas, yo los escuchaba detrás de la puerta y recuerdo todo lo que decían: iremos a vivir a mi casa. ¿Está bien ubicada? Sí, Ana; ¿hay espacio suficiente para los tres? Sí, Ana.

Nos despedimos del lugar feo, de las aceras sucias de pis, del apartamento pequeño, mohoso, sin armarios. Nos despedimos

de Milo también. El estanquero se lo llevó una tarde, lo metió en su coche con los vidrios ciegos y arrancó. ¡Lo va a vaciar como a la perra! Mamá me mandó callar, que no dijera tonterías, que lo llevaba a vivir a un sitio mejor, una finca enorme con caballos y otros perros.

La casa del estanquero era grande, no como la del pueblo, aunque tenía un jardín un poco seco. Ahora dormía sola, miraba las cortinas manchadas de lucecitas e imaginaba que eran ángeles. A él no me acercaba, mi madre se enfadaba, me daba pescozones, pero no me acercaba. Ese hombre no era mi padre, ni el de casa ni el de la iglesia. Pasó una semana y yo no podía aguantarme las ganas: ¿cuándo volveremos al colegio?

Una tarde mamá me llamó desde el salón, alisó su falda nueva, suspiró. Ya no trabajaba limpiando para las monjas y no podíamos volver, además la escuela quedaba muy lejos de la casa. Lloré, grité; por qué, mamá, si Clarita es mi amiga; si vamos a vivir juntas en su convento; si el colegio es muy bonito; ¡hasta un claustro tiene! Apareció el estanquero, deja de llorar, tu madre me ha dicho que estudiar no puedes y coser ya sabes. Tienes edad para trabajar.

Corrí a uno de los baños, eché el pestillo y me miré en el espejo. Vi a una niña-mujer muy triste. Me quité la blusa y miré mis pechos, unos pelos negros en el sobaco, era pecado, pero ahora qué importaba, me quité los pantalones, las bragas, alcancé un taburete y miré, más pelo. Estaba segura de que las vírgenes no se veían así. A lo mejor era un disfraz.

Entré a trabajar donde Jacoba, una vieja amiga del estanquero. Regentaba una mercería llenita de mugre en el centro de la ciudad, con mi colegio a tres calles. Ricardo, el estanquero, me llevaba hasta allí en su coche, salíamos muy temprano y no pasaba a recogerme hasta el cierre. Doña Jacoba y yo comíamos

en la trastienda. No era mala la señora, a veces me confundía al contar las monedas y ella me pinchaba con un alfiler, pero luego pedía perdón y rezábamos el rosario.

No me gustaba el trabajo, nunca me mandaban coser nada. Siéntate en esa silla de anea, decía doña Jacoba, y haz lo que te manden las clientas. Y yo me sentaba en la silla con las pajitas que picaban, todo el día sentada, y buscaba botones de cobre en el cajón de los botones y cintas de encaje que combinaran con los vestidos de las señoras. Coser, nada. Si la dueña estaba de malas, me metía en la trastienda a devanar bobinas de hilo.

El hijo de Doña Jacoba se presentaba una vez al mes para vaciar la caja registradora. Se llamaba Pepe, tenía gafas de culo de botella, lo primero que hacía al entrar en la tienda era saludarme, buenos días, señorita, y a mí se me escapaba la risa. Era mayor, pero no mucho. Cuando la señora no miraba nos metíamos en la trastienda y me contaba historias, historias bonitas de todos los pueblos que había visitado.

En uno de ellos vio una virgen. ¿Dónde la viste? En el centro de una ermita en ruinas, dijo. ¿Y cómo iba vestida, como una princesa? No, como una reina, se parecía un poco a ti. Yo sonreí mientras me miraba las manos. ¿Quieres saber lo que me dijo? Asentí con la cabeza. Me dijo que conocería a una muchacha parecida a ella, y que cuando la encontrara debía tomarla como mi mujer. Me besó, justo en la boca, sentí nuestros dientes chocando, su lengua muy grande.

Entonces me entró una especie de nervios, unas ganas fuertes de llorar. ¿Qué te pasa, por qué lloras? Porque la Nancy besó a un niño una vez, y Dios se enfadó y la encerraron en un armario. ¿Qué me harán a mí, que he besado a un hombre? Él dijo que no llorara, que nuestro beso estaba bendecido por la Virgen de la Ermita. Este amor es tuyo y mío, y de Dios.

Pepe empezó a venir más seguido a la mercería, dos veces al mes, tres, una vez a la semana. Ya no me saludaba, solo iba a esperar en la oscuridad de la trastienda. A veces no me apetecía darle un beso, entonces él pasaba sus labios por mi cuello, mi pecho, más abajo. Una vez casi entra doña Jacoba, que dónde estaba yo, con las clientas desatendidas. ¡Ahora sale, madre, me está ayudando! Ella dejó de aporrear la puerta.

Otra vez dijo que debía hacer unas gestiones en la tienda y mandó descansar a doña Jacoba. ¡Madre, avisa a Ricardo que hoy llevo yo a la chiquilla! Entonces cerró la mercería, tapó el escaparate con cartones, ven aquí, y me enseñó su cola, que no era como la que le cortaron a Milo. La suya parecía un pulgar morado y gordo, era fea. Venga, dale un beso. Yo me arrodillé y la besé, me empujó la cabeza contra ella, abrí la boca: unas arcadas como si fuera a vomitar.

Me llevó hacia un montón de mantas grises de polvo, unas encima de otras, al fondo de la trastienda. Apagó las luces, ¿la pongo mejor en otro sitio? Dije que sí, subió mi falda, que era larga por debajo de las rodillas, me quitó las bragas pellizcándome con los dedos, metió su cola entre mis piernas y empujó. Dolía como cuando te pica una abeja y quieres arrancarte el aguijón pero no puedes. Pensé en mamá; ¿dónde estaría?

Cuando la sacó me sentía rara, cansada de la cabeza y no del cuerpo. ¿Qué le pasa a mi virgen? A él le dio por reír, intenté contagiarme, pero no me salía. Entonces se puso serio: ¿no te ha gustado? No sé, y era mentira, yo sabía que no. ¿Es por Dios? No te preocupes, recuerda a la Virgen de la Ermita.

Siguió viniendo, metiéndome su cola que no era como la de Milo. Esto es para bendecirte, recuerda. Poco después me salió sangre en vez de pis y nadie, ni mi madre, ni el estanquero, ni doña Jacoba con su bola de alfileres fue capaz de sacarme de la

cama. No quería morirme. Pero iba a ser la mujer de Pepe algún día, así que esperé a dejar de sangrar y regresé.

Dime, Pepito, ¿cuándo nos casaremos tú y yo? Pronto, si Dios quiere. Su cola ya no dolía tanto, pero aún me daba un poco de asco. Esperaba a que me ocurrieran las cosas bonitas de estar casada: el vestido blanco, la casa llena de flores... Sería una señora y podría visitar a la Hermana Clara cuando quisiera. Dejaría de trabajar. Cosería.

Fui muy feliz en ese tiempo. Pepe no visitaba la tienda tan a menudo y, cuando venía, no pasábamos a la parte de atrás, solo algunas veces. Además, hacía mucho que no me salía sangre. Mamá se dio cuenta y me preguntó si me gustaba trabajar donde Jacoba. No, mamá, ese trabajo es peor que los sermones, mucho peor.

Entonces, ¿por qué tan contenta? Y como echaba en falta su atención desde hacía mucho, desde que se había casado con el estanquero, le dije que yo también esperaba casarme pronto. Tú no puedes casarte. ¿Por qué no? Porque no. Me enfadé con mi madre, pero recordé que ella no sabía sobre la promesa de la Virgen de la Ermita.

Bueno, pero ¿qué hacen las novias cuando se van a casar? ¿Seguimos con lo mismo? Sí; ¿qué hacen? Mamá alisó su vestido nuevo, suspiró: las futuras novias reúnen su ajuar. ¿Y eso qué es? Pues sábanas, pañuelos, prendas... Volví a ser muy feliz después de saber lo que era un ajuar, tanto que casi perdoné a mi madre.

Tomé prestadas las bobinas que me gustaron; iba a reunir el ajuar más bonito de todos. Permanecí despierta muchas noches y cosí sábanas hasta que se me acabaron las bobinas, mi habitación cubierta de telas como la trastienda. Entonces apareció el estanquero gritándome que sacara eso de su casa. Mamá no dijo nada, pero pasó el tiempo y nadie vino a sacar mi ajuar, tan bonito lo estaba haciendo.